



Consejo Económico y Social

Distr. general
29 de noviembre de 2012
Español
Original: inglés

Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer

57º período de sesiones

4 a 15 de marzo de 2013

**Seguimiento de la Cuarta Conferencia Mundial sobre
la Mujer y del período extraordinario de sesiones de la
Asamblea General, titulado “La mujer en el año 2000:
igualdad entre los géneros, desarrollo y paz para el
siglo XXI”: consecución de los objetivos estratégicos,
adopción de medidas en las esferas de especial
preocupación y medidas e iniciativas ulteriores**

Declaración presentada por la Universidad Espiritual Mundial Brahma Kumaris, organización no gubernamental reconocida como entidad consultiva por el Consejo Económico y Social

El Secretario General ha recibido la siguiente declaración, que se distribuye de conformidad con lo dispuesto en los párrafos 36 y 37 de la resolución 1996/31 del Consejo Económico y Social.



Declaración

En todo el mundo las mujeres constituyen la base de sus familias y comunidades. Desde el momento que nace un niño la mujer asume el papel de nodriza, maestra, protectora y encargada de los cuidados. Mantiene la tradición y todas las cosas sagradas. Las mujeres son fundamentales para el progreso de la familia y han pasado a contribuir de manera cada vez más activa a la economía mundial. Con frecuencia estas tradiciones, funciones, prácticas e identidades culturales se transmiten a las niñas dentro de una familia y una comunidad.

No obstante, una práctica que no se puede considerar cultural es la violencia.

La violencia por motivo de género impide que las mujeres y las niñas gocen de sus derechos humanos y libertades fundamentales. El Objetivo 3 de los Objetivos de Desarrollo del Milenio está encaminado a eliminar la disparidad de género en la enseñanza primaria y secundaria. La falta de educación crea barreras para lograr la igualdad de género. La desigualdad de género reduce las posibilidades de que las mujeres y las niñas obtengan un trabajo decente y poder político o pongan fin a la pauta de violencia que sufren en sus hogares y comunidades.

La violencia contra las mujeres y las niñas es un problema a escala mundial que afecta a mujeres y niñas de todas las edades, etnias, nacionalidades y antecedentes socioeconómicos. Atraviesa las líneas de ingreso, clase y cultura. Algunas formas de violencia afectan desproporcionadamente a las mujeres y las niñas, como la violencia doméstica, la agresión sexual, el hostigamiento sexual y la trata de seres humanos. En todo el mundo las fuerzas sociales, económicas, políticas y religiosas afectan los derechos humanos de las mujeres de manera diferente. Se pueden incluir en la violación de esos derechos los matrimonios forzados y tempranos, la mutilación genital femenina, los homicidios por honor, la violación y la violación como arma de guerra, y el infanticidio femenino.

En muchas ocasiones las mujeres corren riesgo incluso en sus propios hogares. El ciclo constante de violencia crea una sensación de que las mujeres valen menos que los miembros masculinos de su familia y su comunidad. Los hijos de las mujeres pueden aprender esa actitud discriminatoria, dando continuidad a sistemas de creencias y pautas de conducta negativas y destructivas.

La violencia contra las niñas en las escuelas, con frecuencia en forma de violencia sexual, hostigamiento sexual y matonaje, persiste en todos los países. Constituye una violación generalizada de los derechos humanos y un obstáculo al acceso de las niñas al sistema escolar, su retención y su éxito en él. Esto afecta e influye en definitiva a las niñas en el proceso de adoptar decisiones con respecto a su futuro.

Hay asimismo una conciencia cada vez mayor de que la violencia en el trabajo no constituye solo un problema individual sino un problema estructural y sistémico arraigado en factores sociales, económicos, organizacionales y culturales más amplios. El desequilibrio de poder en el lugar de trabajo y las condiciones precarias de empleo de numerosas mujeres aumentan el riesgo de que sean víctimas de hostigamiento sexual, abuso y violación, lo que plantea también el riesgo del contagio con el VIH/SIDA. Ciertos tipos de situaciones laborales aumentan esta amenaza, como las mujeres que viajan por razones de trabajo o que emigran para

encontrar trabajo. Muchas mujeres se ven enfrentadas además a insultos, amenazas y otras formas de hostigamiento moral en el lugar de trabajo.

Por ejemplo, en una pequeña comunidad en las afueras de Nairobi (Kenya), la violencia contra las mujeres y las niñas en la comunidad tanto como en el hogar y en el lugar de trabajo había pasado a constituir una práctica común. Las mujeres se sentían indefensas y sin voz. Un verano se invitó a una organización no gubernamental a visitar esa comunidad a fin de que impartiera capacitación en el desarrollo de aptitudes para que las mujeres trabajadoras pudieran en definitiva reunir las condiciones para un trabajo de nivel superior en su lugar de empleo. A lo largo de la capacitación se hacían preguntas a las mujeres y muy pocas de ellas hablaban. Cuando se dividieron en grupos pequeños el debate se transformó en discusión. Había mucha ira en ese grupo. Y cuando se les preguntaba cuál era la causa de las discusiones, independientemente de la razón que se diera, el sentimiento básico era que nadie confiaba en ninguna otra persona. No había ninguna sensación de unidad o de apoyo recíproco en la capacitación. Las mujeres no entendían el valor de recibir capacitación porque ninguna de ellas creía que era capaz de un trabajo de nivel avanzado. Quedó claro entonces a las facilitadoras cuál era la causa básica.

Por todo el tiempo que podían recordar esas mujeres habían experimentado violencia de una forma u otra. Como niñas abusaban verbal y físicamente de ellas sus padres y mayores, e incluso algunas eran víctimas de abuso sexual. Sus cónyuges las golpeaban o las violaban sexualmente. En el lugar de trabajo debían soportar hostigamiento sexual y abuso verbal. Una mujer incluso recordó que su jefe la había abofeteado una vez por tomar libre el día anterior para atender a su hijo enfermo. Esas mujeres no podían comprender su propio valor. Además, esta situación se reflejaba en lo desempoderadas y devaluadas que se sentían las mujeres. No podían hallar su propia voz para detener la violencia. Porque habían experimentado un ciclo constante de violencia, no tenían conciencia de su propia dignidad o valor, y por lo tanto no creían que pudieran buscar activamente un nivel superior de trabajo.

Esta situación de violencia en esa pequeña comunidad indicaba que la violencia estaba arraigada en muchas esferas: el hogar, el lugar de trabajo y la comunidad. La eliminación y prevención de todas las formas de violencia contra las mujeres y las niñas exige un enfoque multifacético que requiere la participación activa tanto de hombres como de mujeres.

Cuando se reconocen a las mujeres y las niñas sus derechos y se les brindan iguales oportunidades de educación, atención de salud, empleo y participación política impulsan el progreso social y económico. Se elevan ellas mismas, su comunidad y sus países. Pero ninguno de esos beneficios es posible a menos que las niñas puedan aprender sin temor y las mujeres puedan tener autonomía y capacidad de adoptar decisiones respecto de sus propias vidas, y esas son las condiciones mismas que la violencia y el temor a la violencia les arrebatan.

Los pensadores políticos y sociales han insistido en la necesidad de poner el tema de la violencia en el programa del diálogo social con los empleadores. Trabajando con los empleadores se puede eliminar la violencia del lugar de trabajo. Las medidas adoptadas respecto del lugar de trabajo, las escuelas e incluso en el hogar deben ser parte de los planes generales del gobierno para hacer frente a la discriminación y la violencia contra las mujeres y las niñas.

Además, hay otro aspecto que se debe considerar respecto de la prevención y la eliminación de la violencia y de la atención que se preste a los sobrevivientes. Se necesita un proceso con un criterio espiritual para quienes soportan la violencia, pero además para aquellos que la aplican; un proceso en que cada hombre y mujer tenga la oportunidad y se le dé el espacio para descubrir su valor y su dignidad, es decir, un proceso que los empodere. El empoderamiento no viene del exterior. El empoderamiento es un proceso de comprensión y conexión con los propios valores básicos, el valor personal y el aprendizaje para utilizarlos. El empoderamiento no consiste simplemente en reforzar las aptitudes de supervivencia o en reparar externamente los males. Implica el crecimiento y el desarrollo internos.

En el caso de esa pequeña comunidad de Kenya, la capacitación no podía ayudar a las mujeres porque no podían comprender su propio valor y, por lo tanto, no mostraban interés alguno en la capacitación. De manera que, en lugar de continuar con la capacitación, una de las facilitadoras dejó de lado el programa del día e hizo una pregunta: “Dejando de lado su función, su título y sus responsabilidades, díganme algo acerca de ustedes mismas”. No se trataba de un simple ejercicio para las mujeres. Estaban tan conectadas con sus funciones, responsabilidades y títulos, además con la forma en que otros (es decir, sus cónyuges y empleadores masculinos) las consideraban, que no podían ver inicialmente más allá de ello. De manera que la facilitadora comenzó diciendo: “Soy una persona que se preocupa de los demás, amo a los demás, me gusta sonreír, y me gusta reírme”. Entonces una de las mujeres habló: “Yo soy fuerte, soy bondadosa”. Y otra mujer dijo: “Soy generosa, me gusta reír”. Y después habló cada mujer, una detrás de otra.

Lentamente casi todas las mujeres, salvo una, sonrieron y hasta rieron un poco. Una mujer se quedó sentada escuchando en silencio mientras los ojos se le llenaban de lagrimas. Levantó su mano y dijo: “Me gustaría ser tan fuerte como todas ustedes, pero no creo que pueda tener tanta confianza o incluso ser tan feliz. No quiero ser más infeliz. Pero siento tanto dolor, tanto por dentro como por fuera”. Y comenzó a llorar. En un instante las mujeres del cuarto se pusieron de pie y la rodearon. Cada una la abrazó. Todas lloraron juntas. Le dijeron que solo al hablar hoy día ya había demostrado la fuerza y la confianza que tenía. Y luego le dijeron que no estaba sola y que la amaban.

La facilitadora se refirió entonces al poder interno de las mujeres. Les dio a conocer cuáles eran sus poderes internos: amor, bondad, paz, honradez, dignidad, integridad, unidad. Se refirió además a la forma en que podían tener acceso a su propio poder interno con instrumentos como la escritura, el diálogo y la meditación. A continuación la facilitadora orientó a las mujeres en un ejercicio muy breve de meditación. El cuarto se llenó de silencio.

Después de ese ejercicio, todas las mujeres sonrieron. Una mujer incluso dijo que sentía que podía respirar por primera vez. Las mujeres señalaron que necesitaban traer a sus cónyuges y a sus empleadores masculinos a la capacitación. No para darles capacitación en aptitudes, sino para hacer un curso práctico sobre el poder interno. Dijeron que si podían tener ese curso práctico en su lugar de trabajo y en su centro de comunidad, tal vez podrían mejorar sus relaciones en esos lugares y en definitiva poner fin a toda la violencia. Querían poner fin al ciclo de violencia y querían que se escucharan sus voces, finalmente.

En Costa Rica se preparó un programa para niñas de 11 a 13 años de edad que habían sido trabajadoras sexuales. Las facilitadoras del programa pasarían varias semanas visitando a las niñas, haciendo actividades de artesanía y de otro tipo con ellas. Con el tiempo las niñas comenzaron a confiar en las facilitadoras y a compartir sus historias acerca de los malos tratos que habían sufrido con sus familias y en sus comunidades. Como señaló una facilitadora: “Era muy difícil ver a esas chicas [de 11 a 13 años de edad] que sufrían discriminación, pobreza y violencia”.

Al comienzo nadie sabía si ayudar a esas niñas en su recuperación sería una tarea complicada, o incluso cuál sería el resultado. A medida que las facilitadoras escuchaban a las niñas descubrían su resiliencia y su capacidad de supervivencia. La tarea de las facilitadoras a partir de ese momento comenzó a convertirse en apoyar a las niñas a medida que descubrían sus propios poderes internos, su fuerza interna. Es difícil medir los resultados o el éxito de ese programa por cuanto las circunstancias y el entorno social de esas niñas ejercen influencia. Algunas de las niñas siguieron asistiendo a la escuela y estudiando, e incluso una niña fue a una escuela de belleza con la esperanza de ser algún día propietaria de su propio salón. Esa experiencia con las niñas constituye un claro ejemplo de que las personas tienen la capacidad, la fuerza y el poder interno para avanzar en su vida, incluso en las peores circunstancias. Esta fuerza es no violenta y no provoca daño alguno. Es el poder del espíritu interior.

No hay una solución sencilla de la eliminación y prevención de la violencia contra mujeres y niñas. Es necesaria una conversación entre los pensadores y encargados de adoptar decisiones políticas, económicas, sociales y religiosas. Programas como los de Kenya y Costa Rica, en que se redescubre la dignidad y el valor personal de una mujer, deben continuar. Esos programas demuestran la forma en que el fortalecimiento de nuestras actitudes espirituales y poderes internos puede fomentar la igualdad de género, la armonía y la paz. Las mujeres y las niñas necesitan la oportunidad y el espacio de estudiar sus propios poderes internos, pero también es necesario que los hombres participen en forma activa en la conversación para que tenga lugar un cambio efectivo y sostenible.

No obstante, el verdadero reto tanto para las mujeres como para los hombres procede de la integración de una práctica de no violencia en la propia vida cotidiana tanto de las mujeres como de los hombres. Nuestra comprensión y decisión profunda de hacer el cambio es un poderoso punto de partida para poner fin a la pauta de violencia y avanzar hacia una actitud llena de paz, amor y dignidad. Esa comprensión y esa conciencia pueden permitir a cada uno de nosotros tener fuerza y esperanza, y puede ser un instrumento poderoso para ayudar a superar las indignidades de la violencia.
